

THOMAS MANN Y LA BURGUESIA ALEMANA

P o r S A L V A D O R P . P I N E D A

“Las masas burguesas se deleitan en la plasticidad viva de la representación y quedan impasibles a su espíritu; en cambio, la juventud apasionadamente radical, sólo se interesa por cuanto sea problemático”.

Thomás MANN.

LA vida, rítmica como la magia de una Sinfonía de Beethoven o como el artificio de un drama musical de Wagner, tiene tonalidades múltiples de consistencia plástica en una proporción de acercamiento entre las jerarquías cerradas de una clase social y las escalas maravillosas del arte. En torno a las vigorosas personalidades que constituyen el principio egocéntrico de núcleos en descomposición, se van desintegrando las entidades decadentes de toda una organización de castas que en su más profunda esencia encierran el complejo de la fuerza tradicional del abolengo y la sensibilidad estética de un espíritu abierto a las más altas corrientes emotivas. Tal es el tema con que alimentan las nutridas líneas de “Los Buddenbrook”, uno de los geniales libros de Thomás Mann, recientemente traducido al castellano.

Pesa sobre sus páginas, demasiado estrechas para contenerlo, el destino de un grupo de hombres que integran la realidad punzante de una época histórica. Como Goethe, Thomás Mann se ha engañado. Pensaba que legaba a su patria un libro terriblemente alemán y resulta que en verdad ha escrito para la humanidad entera.

Se ha propuesto hablar de su pasado y hace desfilar, con pasos lentos, pero seguros, las aristócratas figuras de una familia de comerciantes hanseáticos, que se proponen conservar el orgullo de sus antepasados por encima de sus fracasos. Todos ellos, hombres militantes frente a un mundo de posibilidades, manifiestan un sentido tan real, que a veces se tiene la impresión de que se levantan verticalmente sobre el papel, para justificar, con su potente voz de alemanes robustos, las inviolables ideas de sus prejuicios burgueses. Viven tan intensamente desde la infancia hasta la ancianidad, que se siente uno tentado a detenerlos un momento para buscar en su interior ese “virus malféfico” que los incita a obrar.

Esta es precisamente la nota fundamental que informa el temperamento artístico de Thomás

Mann: “solicita de una manera profunda, a la alemana”, para ir más allá de sus páginas. Es en el fondo un encaminador de almas, y sus novelas, rebosantes de ideas y de doctrinas, no son sino una perspectiva de formas que hacen sospechar latitudes más amplias, que la curiosidad enciclopédica del espíritu, se encargará de descubrir. Aquello de que Thomás Mann habla más al intelecto que a la emoción, nos induce a calificarlo pensador más que novelista, hombre de letras más que literato.

No otra cosa nos insinúa la posición doctrinal de Settembrini, aquel heroico pedagogo de “La Montaña Mágica” que habla al mundo latino desde las alturas. La actitud bélica, profundamente europea, que asume Hans Castorp ante la irrupción de mundiales acontecimientos y que ha sido la causa de que la nueva generación alemana vea en Thomás Mann un maestro de juventudes, expresa claramente una serie de reflexiones sobre el germanismo.

Graves problemas filosóficos tienen que plantearse para la vida en declive de Thomás Buddenbrook, último reducto de una generación en derrota, cuando sus manos burguesas nunca vencidas, tropiezan con un libro de Schopenhauer. Este pesimismo, signo inequívoco de la transformación que se opera en el ocaso de su espíritu, le arrastra a experimentar esa morbosa sensación que implica el misterio seductor de la Muerte. “El contacto precoz y frecuente con la muerte, inclina a un estado de espíritu que nos hace más delicados y más sensibles a las durezas, trivialidades y, digámoslo claramente, al cinismo de la vida ordinaria, ... como el célebre personaje de “La Montaña Mágica”, parece meditar el Cónsul Buddenbrook. Y quien sabe si también hayan asaltado su mentalidad las palabras de M. Meterlink: “Purificado por el fuego, el recuerdo vive en azul como una bella idea y la muerte no es sino un nacimiento inmortal en una cuna de llamas”.

Sin embargo, todo esto que sabe “no le servirá sino para morir más dolorosamente”. Pero esa resolución de firmeza y de serenidad que adoptan todos los Buddenbrook, seguros de haber cumplido genuinamente su destino hasta en la hora final, es un fenómeno típico de la raza nórdica. Por eso el espíritu de Thomás Buddenbrook es, en esencia, el mismo que anima los momentos más trágicos de aquella nórdica personalidad que se llama

Juan Gabriel Borkman. Ambos intentan redimir a su pueblo, a costa de sus propias vidas, expiando su pasado por medio de su presente y edificando, desde abajo, el porvenir. El Norte de Europa debe a Ibsen y a Tomás Mann, lo que Oriente a Spengler.

No es verdad que con "los Buddenbrook", Tomás Mann se muestre traidor a su clase—como pensaron las gentes de la hanseática ciudad de Lübeck, su tierra natal—, antes bien, trata de evitar su escandaloso derrumbamiento de una manera franca y decidida. Cree que la burguesía tiende a desaparecer del campo de las fuerzas económicas, perdiendo la preponderancia comercial de los mares y el control de las máquinas productoras, pero sale al frente de los suyos en la espantosa catástrofe, protegido por las legiones de combate representadas en los valores estéticos. Solución anti-marxista la suya, al sostener que su clase no ha de morir nunca, porque la verdadera burguesía, los artistas burgueses, "como toda civilización y todo perfeccionamiento moral, han salido del espíritu de la literatura, que es el alma de la dignidad humana y que es idéntica al espíritu de la política".

El pequeño Hann, símbolo de una nueva clase en formación, deja de ser un influente industrial para alcanzar la inmortalidad del Arte. Todos los suyos "tienen contra la música una antipatía de orden político", la consideran un síntoma de per-

dición, de vana sensiblería, pero han ignorado siempre, tal vez por el necio temor de comprarlo, el caudal de constructivas riquezas que puede introducir cada nota en la turbada conciencia de los burgueses. Desprecian a Beethoven sin saber que una de sus mejores Sinfonías, lenta, dulce, emotiva, es, en principio, más edificante que la energía concentrada de varias fábricas de tejidos.

El espíritu de la música, síntesis milagrosa de humanismo y cultura, abre las puertas para nuevas orientaciones de aquel inocente organismo "destinado a la anatomía de la tumba". Y si parece Hanno en la fatigosa aventura con la Muerte, es a causa de que sus estupendos melodías no obedecen ya al sentimiento de su vida temprana, sino que ahora van en busca de humanas y universales modalidades.

Tomás Mann se ha visto obligado a matar a sus personajes en esta ocasión, para no comprometerse demasiado; si no lo hiciera así, acaso se le hubiera pedido justificar atrevidas circunstancias contrarias a sus teorías de absoluta regeneración social, originando, por otra parte, cierto desequilibrio en la forma literaria. Además, para ser leal consigo mismo, era indispensable poner fin a un estado de cosas en bancarrota y dejar en libertad, con toda la pujanza de su desinterés, los límpidos manantiales del Arte, principio purificador de una nueva espiritualidad.

NOTAS SOBRE LA ESTETICA REVOLUCIONARIA

Por SALVADOR ORTIZ VIDALES

EN los últimos días se ha venido discutiendo, con marcada insistencia, sobre un tema, por lo demás sugestivo. ¿Hasta dónde, se ha preguntado, el Arte o la Estética debe ponerse al servicio de la Revolución? Esta sola pregunta, lanzada así que así, hubiera seguramente provocado el escándalo en tiempos de Flaubert, en que se pregonaba, sin asomo de réplica, la mística teoría del arte por el arte. Y era motivo de una particular distinción, y aun de aristocratismo, que el artista viviera en completo divorcio con las masas, o dicho en otros términos, entregado a la contemplación beatífica de su propia imagen, como el Narciso de la leyenda griega. Pero si el arte no debe ser nunca individualista, es decir, sin contacto con el mundo social o colectivo, no debe tampoco estar supeditado a nada ni a nadie, aunque esto sea tan noble y tan sagrado, como la idea de la Revolución, y esto dicho en su más alto y profundo sentido, y sin asomo de partidarismo. Pues, siendo la Estética en su más profundo sen-

tido filosófico, expresión y únicamente expresión, como lo asienta Croce, fácilmente se infiere que habrá arte, donde quiera que exista la expresión completa y acabada, independientemente de lo que enseñe o trate de enseñar. Pues una cosa es la Ética, o la Ciencia Moral, hecha sólo a base de conceptos, y otra la Estética, que consiste únicamente en dar forma al mundo de las impresiones.

Pero, naturalmente, todo artista para crear, tiene por fuerza que partir de la realidad misma, y ha de ser tanto más influente en su época y en su país, cuanto más grande sea su facultad receptiva.

Ahora bien, cabe preguntar: ¿la idea de la Revolución, fuera de todo partidarismo, y en lo que esta palabra significa de aspiración y anhelo hacia una sociedad más perfecta, ha cundido ya lo suficiente en la conciencia mexicana, para dar material a una obra de arte? Seguramente sí. Pues no viene de ahora, sino desde la consumación de la Independencia, esta nuestra actitud ideológica,